

SILVINA OCAMPO. UN RETRATO PARCIAL

DANUBIO TORRES FIERRO



Conocí brevemente a Silvina Ocampo muy a comienzos de los setenta. Era una época en la que cruzaba a menudo a Buenos Aires para escapar del clima venenoso de un Uruguay roto por el terrorismo tupamaro y la inepticia de una clase política huérfana de otras reacciones que no fueran las defensivas. Era una época en la que podía asirse en el aire el proceso de degradación social y ciudadana que padecían las dos orillas del Río de la Plata. Era una época, para resumir, en la que la desventura aguardaba en las esquinas. Cuerpo en pena, iba yo a la capital porteña (gran metrópoli a pesar de todo) para encontrarme con los muchachos de Tiempo Contemporáneo y de Pasado y Presente, y con Enrique Pezzoni, nerviosísimo y bien-humorado en las instalaciones como de factoría de la vieja Sudamericana. Sin duda fue el propio Enrique quien me llevó a casa de Silvina, ese apartamento del cuarto piso de la calle Posadas al que años después, diez años después, dirigirla frecuentes miradas húmedas al pensar en ella, en Silvina, enclaustrada y disminuyéndose... Una única evocación de entonces sobrenada en mi memoria: la de Silvina como una mujer de despliegues seductores, dispuesta al monopolio empático, de miradas y tonos insinuantes y, si así lo resolvía, de confianza leal y expansiva. Una mujer que se imponía, invasora, al joven atribulado que era yo.

En 1975, ya desde México, viajé a la Argentina a juntar materiales para la revista *Plural*. Fueron fugaces días emocionados. Me reencontré con mi familia próxima (mi madre, mi hermana y mi novísimo sobrino) y contemplé —y este recuerdo es agri dulce y trémulo pero sobre todo remoto ahora— las luces de mi país prohibido desde los balcones de la costanera. Y llegó, dispuesto a ser feliz en una de sus patrias, acaso la que mejor le sienta, mi querido Alejandro Rossi. Nuestras jornadas eran incansables. Visitamos, alentados por el entusiasmo común, el tesoro vivo de la literatura argentina. Hubo un encuentro, al que Alejandro ha vuelto sagrado, y que yo renuncio a tocar, con Borges y Pepe Bianco. Fuimos en tren, desde la estación del Retiro, hasta San Isidro, donde Victoria Ocampo nos aguardaba —en una tarde fiera de lluvia y de siluetas errantes— al mando de su máquina Renault. Estuvimos con Alberto Girri en su inevitable café Saint-James. Cena-

mos con Silvina y Bioy Casares en el comedor de su casa. Anduvimos con Pezzoni y Bianco por aquí y por allá para recalar, una y otra vez, en el Petit Paris, en uno de los recodos de la plaza San Martín y justo al lado del hotel en el que nos hospedábamos. Buenos Aires tiene, para Alejandro, unas resonancias interiores que le son caras, y muy pronto las tendría también para mí; Buenos Aires es, más allá de los permanentes castigos que ha soportado, una cartografía literaria, y en esa ocasión nosotros la compartimos con quienes habían ayudado a configurarla. Al cabo de poco tiempo, y ya conmigo como testigo próximo, ese puñado de gente comenzaría, desventuradamente, a disiparse... Queda la obra que nos legaron, sí. Pero sus personas, y con ellas el ejemplo humano encarnado, tan gravitante al menos para mí, ingresan en una espectralidad que acuna, de manera reactiva, una rabiosa tristeza.

Silvina y yo nos hicimos cómplices en ese viaje mío. Ella demandaba, terca, cercanía y fidelidad, quizás ansiosa de hacerse con los susurros y los ecos de los secretos y las alianzas que merodeaban, y yo estaba allí para satisfacerla. Llegaba a su casa, a la hora del té, y saltaba a recibirme a las puertas del ascensor:

—¡Qué bufanda colorada tan linda tenés! Es apasionada como vos.

Las palabras le salían arrastrándose, cascadas, apudadas por respiros rítmicos y con un retumbo de burguesía remolona. Tenía 72 años pero conservaba unas piernas espléndidas, que se adelantaban imprudentes al andar y le aseguraban —junto al mentón atrevido— un rango de adolescente venida repentinamente a más. Discurría una forma peculiar de ser dueña de sí misma. Era una mujer que, nacida para central, aparecía de presencia recoleta, en papel sesgado, como si trabajara una versión voluntaria, y calculada por tanto, del poder detrás del trono. Era una mujer que, según el consejo de un sabio, no olvidaba que *il faut toujours se réserver une arrière boutique*. Esto de la trastienda propia se manifestaba, como no tardaría en averiguarlo, por lo menos en dos vertientes. Silvina, como escritora, era de hecho oblicua y, mejor aún, de efectos laterales, de digresiones que se desarrollan y que, luego de serpentear con destino propio, rematan con derechura, y en pleno corazón, los nudos de sus asuntos. Más que los puntos

de partida —siempre ambiguos en su ataque— o de llegada —siempre equívocos en sus soluciones— importan, en su cuña retórica, los tránsitos que se efectúan y los recorridos que se describen. Textos, los suyos, en los que la escritura prueba que tiene vida propia y en los que el esfuerzo por movilizar desde dentro las palabras enciende una errancia esquivada pero de intenciones dramáticas clarísimas. Y Silvina, como mujer de su medio (y no, por cierto, como mujer a secas), un medio social de clase alta ultramontana, un medio familiar de individualidades enérgicas —que, amalgamadas, sirvieron a Bianco de modelo en *La pérdida del reino*— y a la vez muy clanesco, y por fin un medio literario dominado por el garbo empeñoso de su hermana Victoria y el tutelaje admonitorio de Borges y Bioy, prefería hacerse aparte, dar un paso al costado, situarse en un lugar entre ella misma y cuanto la rodeaba. Su figura, y la irradiación de esa figura, fue decididamente privada y nunca pública. Acaso de esa elección le venía la libertad que de ella dimanaba y que ejercía con tanta capacidad de plenitud. Parecía estar en desplazamiento permanente sin dejar de ser, permanentemente, ella misma. Espíritu travieso y burlón, al que sobrevolaba la ironía, corrosivo hasta no dejar títere con cabeza, incluida la suya propia, era celosa de su persona y sus atributos, a los que mimaba sin exponerlos a una intemperie que debía conjeturar al acecho y quizás pernicioso para su integridad. Inteligente, orgullosa, astuta, provocadoramente femenina si se lo exigía la circunstancia, es probable que su aspiración más acusada fuera la de crear un centro singular de irrisación en el que convergieran su simpatía espontánea hacia los otros y su sensibilidad ladeada, tan de gatos encerrados, esa que en sus escritos junta la emoción y la crueldad. Ese centro de irrisación, al menos en su edad avanzada, lo articulaban su obra (o, con mayor latitud, su entrega a los asuntos que cultivan el alma) y por supuesto su persona; y, sin dudas, y con preeminencia enfática, ese otro dominio, territorio colonizado palmo a palmo por ella, en el que siempre la encontré: su casa.

Ya no salía. Si hablaba, por ejemplo, de los jacarandás en flor (una violencia carmesí en la pureza celeste del cielo), era porque su recuerdo los atesoraba o porque los divisaba desde sus ventanas privilegiadas, abiertas a un ángulo de la plaza San Martín de Tours en la Recoleta. El apartamento, con amplios accesos de mármol blanco en los bajos, tenía espacios generosos y techos altos. Su solidez, marca de una época de opulencia porteña, se empañaba por los reveses de una negligencia natural en dos personas mayores y atareadas en cuestiones inconsistentes. En todo caso, en esos finales de los setenta, cuando Buenos Aires (y la Argentina toda) se encanalló, y se volvió represora, allí uno podía respirar y explayarse en el refugio de una circular atmósfera de protecciones: la de unos apellidos patricios,

la de la holgura económica, la de unas afinidades compartidas... Dominaba, en ese conjunto, un talante neutral que hacía del piso una zona franca alérgica al contexto enemigo —que, se tenía presente, aguardaba al apenas traspasar la puerta de calle. No había lujo, exposición de fortuna, gesto altanero. Las cosas se daban llanamente, acaso como manifestación de una sociedad de hábitos en buena medida igualitarios. Las cenas se servían en el comedor, en una mesa grande peligrosamente inestable; consistían, siempre, en verduras cocidas y un pollo asado hasta los extremos del achicharramiento. Con Silvina y Adolfo se hablaba de política poco o nada y si se hacía era no tanto para alarmarse sino para comprobar, en la estúpida sucesión de los hechos, la muy mala opinión que sobre ella en general se guardaba. Nunca "comprometidos" según el modelo sartreano, lo que los habría asqueado, los Bioy pensaban y actuaban sin desarrollar vínculos abiertos de solidaridad social; sospecho que su negativa a así hacerlo se originaba, sobre todo, en un individualismo egoísta de raíz liberal y, quizás, en las asperezas que provocara la reciente experiencia peronista en las clases acomodadas. Una circunstancia ayudaba a esa postura aséptica: los vergonzosos avatares que, de uno en uno, condujeron al colapso del ideal republicano en la nación. Alguna vez, más tarde en el tiempo, Adolfo me confesaría, sin sombra de impudicia, que las cuestiones políticas eran, para él, "asuntos en los que se afanan los otros".

Y, sin embargo, gracias a una paradoja que nos es conocida, en los incidentes dramáticos, y en sus sistemas de conexiones, de los libros de Silvina y Adolfo (como en los de Borges), aparece un dibujo social de la Argentina de colores vívidos y dinámica intensa que se impone con cierta energía perentoria. Deletrear y celebrar a la propia patria, hurgar en, y revelar los rasgos del carácter nacional, pasear por las páginas a la topografía ciudadana, son allí otros tantos motivos recurrentes que forman parte de un propósito encaminado a mensurar una intrahistoria. Ajeno por igual a los convencionalismos de la psicología y del realismo, tal propósito se cumple por los caminos indirectos, y más fecundos, de un histrionismo literario hecho de desplazamientos ilusorios y de fragmentaciones del espacio y del tiempo que acaba por proponer una visión peculiarísima del entorno y sus paisajes. Esa visión es la que, acaso porque nada a contracorriente, gana una perdurabilidad enigmática en el inconsciente colectivo. En el caso de Silvina, por ejemplo, la conciencia narrativa cumple una suerte de mandato evocativo y funda un espacio de representaciones en el que la subversión de la fantasía parte de lo muy real y concreto (una plaza, unos árboles, unos campos, unas calles) para transformarlo con una nueva luz. Hay más: al menos sus primeros títulos tienen el declarado

propósito de enumerar (*Enumeración de la patria es de 1942*) un país que —en ese entonces— se añora en la distancia pero que, de manera más decisiva, se desea ayudar a nombrar:

Patria vacía y grande, indefinida
 Como un país lejano, interrumpida
 Por las llegadas lentas de los trenes
 La jubilosa espera en los andenes.

La literatura ejerce como forja de un mito, como sucede consecuentemente en el primer Borges e intermitentemente en la trayectoria de Bioy. Silvina y Borges, por lo demás, al haberse criado en el francés y el inglés, se dedicarán a conquistar una lengua española que se les aparece como una nostalgia primordial de sus orígenes. De ahí, entonces, que en un abundante tramo de la obra de los tres se descubra un común aliento (en el doble sentido de la palabra) que es y sólo puede ser argentino. Por algo, en 1943, sienten la necesidad de publicar la *Antología poética argentina*. Así, que el humor, en cualquiera de sus modalidades, recorra y marque sus textos puede entenderse no sólo como un efecto retórico sino como el instrumento capaz de poner tierra de por medio con el sentimentalismo con el que invariablemente se tropieza en estas cuestiones que tocan, digamos, el espíritu nacional. Matan el sentimentalismo pero sobrevive, pudoroso, el sentimiento. Existe, también en este sentido, un dato llamativo. El ejercicio de la literatura se vuelve, para ellos, un paso festivo (complicidad, regocijo, alegría, broma) que busca transfigurar en diversión lo que genera en el alma pesadumbre, gravedad, tristeza.

Este tono festivo, de visos risueños y mundanos, acordonado por la ironía, era el que permeaba la casa de los Bioy. Camaradería, sobreentendidos, revuelos de miradas y frases cargadas de intención creaban un clima de inteligencias alertas y alborotadas. Esa andadura se hacía aún más notable al repararse —con la sorpresa de un repentino relámpago— en la edad ya avanzada de las personas protagónicas. La vitalidad incansable de Silvina era un imán. No cejaba en su papel de pertinaz dispensadora de felicidad. Y, en congruencia con esa vocación, la legislación que se entresaca de sus textos quería hacer del universo mundo un lugar que, sin perder su misteriosa índole extravagante, se redimiera más a sí mismo. Silvina, alma noble puesta a soñar con los ojos abiertos, se escandaliza ante los horrores y los humores diversos. Su reacción, ante esas desmesuras excéntricas, es instaurar un activo sistema de desnaturalizaciones que convierte —vara mágica— en ambiguo y espectral a cuanto toca. Quizás el desasosiego maligno que nos estremece al leerla es la contracara de su voluntad de denunciar, y de conciliar, a los contrarios: el amor y el odio, lo bello y lo feo, la desgracia y la

fortuna... ¿No abundan, en sus poemas y en sus cuentos, el juego de los dobles, las oposiciones, el oxímoron? "Infiel espejo" —reza un verso de su primer libro. La imagen que devuelve el espejo es, como él mismo, un artificio: un movimiento especular en el que la realidad humana y geográfica se distorsiona y se multiplica en un rompecabezas de piezas infinitas...

Desde que, en 1984, me instalé en Buenos Aires, y hasta el momento de su reclusión, Silvina fue mi despertador matutino. Casi todos los días, a las ocho y media, más o menos, el teléfono repicaba en mi casa. Era ella.

—¿Ya leíste lo que publicó la escritora *esa* en *La Nación*?

La frase era un tiro por elevación dirigido a Adolfo y a sus malandanzas femeninas. No había resentimiento ni reproche en la voz: había, tal vez, un dejo de escarnio. Cuarenta años de matrimonio implicaban una victoria sobre adversidades y adversarias. Existía una complicidad inmune a todo revés y, por parte de ella, estoy seguro, una tenacidad que no quitaba el dedo del renglón. Las fotografías de Silvina y Adolfo los muestran en Buenos Aires, en Nueva York, en París, en el campo, en Mar del Plata y transmiten cercanía mutua y compromiso recíproco. El telón de fondo y las vestimentas colaboran a tal impresión: unas seguridades burguesas resistentes y aplomadas. Lo bueno es que lo burgués es, allí, mera escenografía protectora. Las normas de la *upper class* argentina —tan estirada y santurróna— nunca fueron, para ellos, lastres que miraran la espontaneidad. Victoria, hermana rutilante, fue una ilustración notable de ello y quizás hasta ayudó a inaugurar una liberalidad de costumbres entre sus congéneres de clase que no tardaría en hacer escuela. No conozco detalles íntimos de Silvina. No dudo, sin embargo, de que debió servirse en abundancia de su radiante capacidad de seducción. Es más: creo que uno de los triunfos que de verdad le interesaba era el de provocar la rendición amorosa, en cualquiera de sus variantes, de cuantos la frecuentaban. Ella, insisto, se situaba en la vida —comedia de equívocos, comedia ambigua— en un lugar de acrobacias envolventes. Tenía *ángel* y sabía estar cerca de uno y ser, a la vez, lejana e íntegra. Su trastienda propia la preservaba. La narradora de sus cuentos discurre de ese mismo modo. Es una voz que, hecha de intermitencias, se acerca y se aleja, va y viene: una modulación que, alternativamente, nos ofrece garantías de certidumbres y de desconciertos y que serpentea, grávida, por el filo de una navaja.

Conocemos de sobra las vueltas de la historia. Hacia mediados de los ochenta la Argentina accedía, por fin, a su restauración democrática y daba alas a una esperanza postergada. Pero la desgracia nos cercó: se murió Pepe Bianco, se murió Enrique Pezzoni y, poco des-

pués, se murió Alberto Girri. También llegó un día en que Silvina dejó de llamarme. Me enteré, por Adolfo, de que había entrado en un proceso irreversible de decadencia. Ya no la volvería a ver. Con Adolfo compartimos nuestros almuerzos, de ahí en más, en La Biela, a pocos metros de donde ella estaba recluida. Mi barrio era el de los Bioy y yo lo recorría diariamente. Y, en muchas ocasiones, desde la plaza San Martín de Tours, elevé la mirada y contemplé los ventanales del departamento de la calle Posadas. Pensaba en Silvina. La revivía en sus evoluciones veloces, con sus verdes lentes oscuros, el cabello que daba sobre los hombros, las piernas impecables adelantándose, el mentón de ademán atrevido. Hasta imaginé, en cierta ocasión, su muerte y sus funerales —y no logré encontrar allí mi lugar. Ahora caigo en la cuenta de que se trató, en buena medida, de la petición de un deseo: me resistía a ser testigo de esas fatalidades. Supe de su muerte en México. Desde ese momento, y hasta ahora, no he dejado de extrañarla. ¿Cómo no hacerlo si cada persona que se nos va se lleva consigo una parte de nosotros? ¿Quién

acepta convertirse en un mutilado? Vuelvo a algo que dije al principio: nos quedan los libros de Silvina, de los que somos en silencio sus secretos dueños, pero su ejemplo humano, tan tocado por la gracia, es una pérdida a la que al menos yo no me resigno. Consolémonos, no obstante, con unos versos suyos que nos la devuelven intacta y misteriosa:

¿Por qué fui lo que fui? Fui lo que soy,
lo que no me acostumbro a ser ni hoy,
lo que el amor me llevó siempre a amar
o bien involuntariamente a odiar
como si en mi conciencia hubiera un león
o un santo agazapado en la ilusión.
¿Sólo la imagen sola será cierta
y el resto una ilusión tras una puerta
cerrada que jamás llegará a abrirse
aunque el cuerpo pudiera redimirse?
¿Sólo la imagen permanece y vuela
como la llama que ilumina y vela? 